



SEMANARIO POPULAR.

PERIODICO PINTORESCO

ADAPTADO A TODOS LOS GUSTOS Y AL ALCANCE DE TODAS LAS CLASES DE LA SOCIEDAD.

Núm. 8.

JUEVES 21 DE ABRIL DE 1864.

Los números del año forman un tomo de mas de 400 páginas de abundante lectura y preciosos grabados con una elegante cubierta.

4 CUARTOS EL NÚMERO.

Se publica todos los jueves y se remite á provincias el mismo dia.

Se vende en los puntos de suscripcion.

Tomo III.

PRECIO DE SUSCRICION.

MADRID un año 24 rs., seis meses 13.—PROVINCIA un año 26 rs., seis meses 14.—ESTRANJERO, CUBA Y PUERTO-RICO, un año 50 rs.

SUMARIO.

ACADEMIA MUSICAL, por J. Valverde.—LA SOMBRA DEL DIABLO. (Continuacion), por Francisco de Paula Entrala.—QUITO. (Conclusion).—UN SUSPIRO POR CASTILLA, por Manuel Benito Ruiz.—EL SILENCIO, por Juan de la Cruz Rovira.—LETRILLA SATIRICA, por Quevedo.—LEYENDAS BIBLICAS: Baltasar, por Augusto Jerez Perchet.—CANCION HORRIBLE, por Cecilio Navarro.—SUELTOS VARIOS.—LETRILLA, por Joaquin Valverde y Durán.

ACADEMIA MUSICAL (1).

Con el título de *Proyecto-memoria para la creacion de una academia de música*, ha sido presentado á S. M. la reina y visto la luz pública el mes próximo pasado, un folleto del secretario y profesor de Armonía del Real Conservatorio de Música y Declamacion don Rafael Hernando.

La academia que proyecta este distinguido maestro, tiene por objeto el adelanto y propagacion de la música en España. Tan admirable pensamiento demuestra lo mucho que ama el señor Hernando su divino arte.

Su folleto nos parece excelente; pero no estamos conformes con el párrafo en que trata de amenguar el mérito de la zarzuela en particular, y del género cómico-lírico en general.

Dice así el señor Hernando despues de enaltecer la importancia de la ópera española:

«La zarzuela, por su género esencialmente cómico, no puede dar una justa idea de las ventajas que de aquella (la ópera) habríamos de reportar. El propio y natural terreno de la música es expresar nobles sentimientos, elevados afectos, grandes pasiones: los asuntos cómicos, aun no descendiendo jamás á ese terreno trivial de que tanto se abusa, y que

es completamente anti-musical, reclaman para su buen desempeño condiciones especiales en el compositor; exigen mas ingenio que profundo saber; mas viveza y graciosa movilidad que elevado sentimiento y verdadera inspiracion. Los cantantes mismos necesitan tambien condiciones mas variadas, y por tanto, interin no exista la ópera nacional, la música dramática española no se desarrollará completamente, ni el Conservatorio hará patentes en la escena sus verdaderos adelantos; siendo además de notar que á estas condiciones generales debe añadirse nuestra natural aptitud, manifestada por las cualidades dominantes en nuestra poesia, que siempre fueron lirismo, fuerza de sentimiento, elevados pensamientos, esto es, cuanto constituye la ópera. Así sucede, que los autores extranjeros no han tomado un solo libreto de ópera cómica de nuestro repertorio moderno, por mas que haga catorce años que tenemos teatro de Zarzuela; al paso que han arreglado con suma facilidad importantes libretos de nuestro actual repertorio dramático.»

Así se espresa el autor de *El Duende*, obra del género cómico-lírico, y una de las que abrieron en España las puertas del arte al género que hoy rechaza por falta de saber é inspiracion; y que le dió la tan justa como distinguida reputacion que goza. El proceder del señor Hernando en este punto, nos parece ingrato.

El excelente maestro compositor de música, don Francisco Asenjo Barbieri, ha escrito una contestacion al referido folleto, en la que, despues de elogiarlo y enaltecer su idea, al tocar el espresado párrafo, que es el motivo que le ha hecho tomar la pluma, esclama:

«Yo, hijo de la zarzuela, á quien debo la posicion en que el público tan generosamente me ha colocado, no entro, sin embargo, en esta discusion solo por el agradecimiento que debo al género, sino por intentar la demostracion de que á la música, como á las demás

bellas artes, es perfectamente aplicable el dicho de Boileau: *Todos los géneros son buenos excepto el fastidioso.*»

Y ciñéndose con especialidad á la música, prueba que para hacer una obra buena en cualquiera de sus ramos, se requieren en el compositor, además de las condiciones especiales, las inescusables de inspiracion y arte, sin las cuales en ningun género puede existir una obra perfecta, dentro de las condiciones humanas.

Para proceder con orden en el plan que se propone, fracciona el párrafo que motiva su escrito, y así hace, como lo dice, las muchas observaciones á que da motivo, tanto en su totalidad, cuanto en sus variados detalles.

Lo primero que se le ocurre al señor Barbieri en la primera fraccion, es definir el nombre de zarzuela tal como lo esplica el Diccionario de la Real Academia Española, que es *composicion dramática, parte de ella cantada*; es decir, que pertenece al género del drama, que participa del género cómico y del trágico, dejando ya derrotadas completamente aquellas palabras del señor Hernando por su género *esencialmente cómico*.

Lo mismo que con estas frases, sigue el señor Barbieri haciendo con la fracciones en que divide el párrafo, esto es, derrotándolas con argumentos tan razonables como bien espresados, con especialidad la tercera fraccion. Decimos con especialidad, no porque el señor Barbieri se haya distinguido mas al derrotarla, sino por intereses particulares, que son los que han dado motivo para zurcir esta pobre revista.

La fraccion es la siguiente:

«Interin no exista la ópera nacional, la música dramática española no se desarrollará completamente, ni el Conservatorio hará patentes en la escena sus verdaderos adelantos.»

Contesta el señor Barbieri:

«Convengo con la primera parte de este razonamiento, porque efectivamente la grande

(1) La Direccion de EL SEMANARIO POPULAR inserta el artículo del señor Valverde, reservándose, sin embargo, su opinion respecto de este asunto.

ópera es un género mas, que no hemos cultivado y que necesita el arte lírico-dramático español; pero con lo que no puedo convenir es con lo que al Conservatorio se refiere, interin esta escuela no marche de otra manera mas conveniente al objeto, particularmente en sus clases de composicion y de canto. Las primeras, desempeñadas por los eminentes maestros Eslava y Arrieta, son modelo en su género, y en ellas se enseñan las reglas y sus aplicaciones con una escrupulosidad tal, que no tiene semejanza en ninguna otra escuela de Europa: así vemos todos los años salir discípulos brillantes, llenos de la ciencia que les inculcan sus maestros; y sin embargo, á estos discípulos les falta una condicion importante á un arte esencialmente práctico como la música. Sabido es que para poderse llamar compositor no basta conocer perfectamente las reglas y ejercitarse en ellas en la pizarra; es necesario además ser muy filósofo y oírse y estudiarse en el efecto de las propias obras; en suma, es necesario practicar mucho. El célebre compositor Gluck, solia decir estas notables palabras: «*Cuando me pongo á componer una ópera me olvido enteramente de que sé la música,*» con las cuales significaba la preferencia con que debe mirarse al asunto filosófico, sobre los detalles de la armonía y del contrapunto. El estudio del compositor puede por lo tanto decirse que empieza despues de saber todas las reglas del arte, y si bien comprendo que de una escuela como el Conservatorio no pueden salir ya hechos los Mozart y los Rossini, tambien comprendo que un discípulo saldrá tanto mejor preparado cuanto mas prácticamente oiga en sus obras escolares el resultado de los conocimientos que le comunican sus maestros. El Conservatorio no está organizado para esto; allí no se oyen nunca mas composiciones de los alumnos que las que estos hacen una vez al año para los concursos, y así sucede que salen de la escuela llenos de teoría y con una medalla de oro justamente alcanzada en premio de sus conocimientos, y cuando se ponen á escribir para el público, sus obras revelan falta de experiencia en la práctica de escribir, y por esta causa no suelen con ellas conseguir los resultados que alcanzarían si durante sus estudios teóricos hubieran podido adquirir tambien la mayor suma posible de conocimientos prácticos. Y dígoles ahora á mi amigo Hernando: ¿cree que siguiendo el estado de cosas que acabo de indicar, y que si no hubiera teatro de la Zarzuela en que practiquen los compositores, podría el Conservatorio hacer patentes sus adelantos en la escena en el ramo de la composicion de grandes óperas?... Seguro estoy que me contestará negativamente.»

El señor Hernando, secretario del Conservatorio, nos parece que podría poner remedio á esa falta de práctica, puesto que, habiendo en ese establecimiento una clase de conjunto que solo suele ensayar algunas piezas de ópera, podía aprovechar mejor el tiempo probando los trabajos de los alumnos de composicion. Mucho le agradeceríamos al señor Hernando que hiciera cuanto le fuera posible porque la mencionada clase de conjunto se ejercitara en probar esos trabajos.

El señor Barbieri continúa diciendo lo que sucede con las clases de canto en el referido establecimiento, e to es, que solo se enseña á cantar en italiano; de lo cual proviene que, cuando algunos discípulos cantantes del Conservatorio se presentan por primera vez en el teatro de la Zarzuela, no saben acentuar con la claridad y vigor convenientes las palabras de nuestro idioma: de modo que si no fuera por la zarzuela, no podría surtirse la ópera nacional tan suspirada, si el Conservatorio no toma una marcha mas á propósito para el objeto, ó mientras no le pruebe su amigo Hernando, que sin obras ni cantantes españoles se pueden hacer óperas españolas.

Si el señor Hernando hubiera aludido en su párrafo á esas zarzuelas que continuamente se representan, y cuyos libros están plagados de

chistes inconvenientes y de reminiscencias, siendo muchos, plagios completos puestos en música de mala gana á veces por compositores muy apreciables y ejecutados por artistas que desconocen el arte, supuesto que la mayoría de los actores de zarzuela ni saben cantar ni declamar, de seguro nadie le hubiera reprochado, como le ha sucedido rechazando un género que, como dice el señor Barbieri, es el *escalón para llegar á la ópera* y donde existen obras de indisputable mérito; tales son *El Grumete*, *Moreto*, *Jugar con fuego*, *El Dominó azul*, *Marina*, *Los Magyares*, *Dos coronas*, *Mis dos mujeres* y otras muchas.

Por último, el señor Barbieri en la contestacion al párrafo del señor Hernando, ha dado una prueba mas de su mucha ilustracion y excelente talento.

Aconsejamos al señor Hernando que, si hace una segunda edicion de su folleto, sustituya ese párrafo de la cuestion con el que le proporciona su amigo el señor Barbieri.

J. VALVERDE.

LA SOMBRA DEL DIABLO.

(CONTINUACION.)

XVII.

Interin corrian los cazadores en busca del desgraciado Alberto, multitud de aldeanos capitaneados por el señor alcalde, el cura y el barbero del vecino pueblo, vagaban cautelosamente por las arboledas, tomando poco despues en direccion á la glorieta donde se hallaba don Prudencio.

—Páreceme que si lo encontramos, decia el barbero, seria conveniente para su mal rasurarle la cabeza.

—Mas bien, interrumpió el alcalde, que era un hombre de tomo y lomo, como se suele decir, creo que la cura mejor: para la señá Tomasa, será el *largarle* una docena de *garrotazos* entre oreja y oreja, cosa que h. de ponerla como un guante.

—Alabado sea Dios, tío Bartolo, dijo el cura santiguándose repetidas veces... para la enfermedad que la Tomasa padece hay no lejos de aquí una casa de beneficencia, pues no considero prudente ni cristiano que se la trate como usted lo hacia con sus burros, antes de ser alcalde, ni como propone el señor Pedro, que todo lo arregla *afeitando*.

—Bien dicho, bien dicho, gritaron á una voz los aldeanos.

Y yo debo decir á mis lectores las causas que motivaron la locura de la pobre Tomasa: irascible y amiga de hacer la oposicion como otras muchas mujeres, cifró su felicidad en hacer la contra á su marido. Anacleto, que era un bendito, tenia aversion á la música, porque toda su vida ó la mayor parte la habia pasado de figle en un regimiento, posicion que alcanzó despues de recorrer toda la escala instrumental, puesto que habiendo empezado por tambor, subió á corneta, de corneta á cornetin, de cornetin á serpenton, de serpenton á trompa y de trompa á figle, como instrumento menos incómodo y mejor. De aquí resultó que una vez retirado á su casa, no queria ni podia sufrir el ruido de una guitarra porque todo lo que era armonía recordábase al bueno de Anacleto su estado primitivo. En los dias en que volvía embriagado á su hogar despues de haber pasado holgando la semana, decíale su mujer.

—Mira, Anacleto, mas te valiera procurar el pan á tus hijos por medio de la música, que estar hecho un borrachin...

Oír las palabras borrachin, y arrimarle á la pobre Tomasa una zorra de padre y muy señor mio, todo era obra de un momento.

Y ella volvía á recordarle el *figle*, y él á *rapulearla* de lo lindo hasta que andando el tiempo se rompió la sogá por lo mas delgado.

¿Por Tomasa?

No, por Anacleto; éste sufría los regañones de

su mujer, la cual á to las horas le recordaba su antigua ocupacion, y aun noche hubo en que le despertaba para que oyese una *fiesta* que cruzaba por la calle, cosa que hacia gruñir al pobre marido como un perro y que terminaba generalmente por una *solfa improvisada* ó sobre *motivos* de Tomasa.

Tomasa, que era de aquellas mujeres antes muertas que vencidas, empezó con la manía del figle y continuó, bastándole para ello la aversion de su marido, por adorar la música hasta el extremo de no hablar de otra cosa y de querer tocar la *flauta* en los últimos años de su vida. Pero como no todos son el burro de la fábula

que tocó la flauta por casualidad,

quedóse con la gana, lo cual escitó mas sus deseos é hizo que la monomanía contraída se convirtiese en locura rematada. Anacleto murió algun tiempo despues, y Tomasa, trasladándose con la música á otra parte, sentó sus reales en la glorieta donde no hace mucho la encontramos, pues ella y no otra era la diosa de la armonía.

Sabido esto, bueno será correr en pos de los aldeanos que se van aproximando á aquella cada vez mas.

Ignorando don Prudencio este incidente, no habia vacilado, apenas salió de casa de Margarita, en dirigirse al sitio en que Tomasa se encontraba.

Su primer saludo fue una serie de *notas discordantes* que poblaron el espacio, á las cuales contestó la loca haciendo oscilar las plumas que rodeaban su cabeza, en señal de asentimiento. Don Prudencio sacudió entonces gallardamente la cabeza, adelantó el pie derecho con magestad, sacó el abdomen cuanto le fue posible, y por echarla de poeta, que era cuanto le faltaba para encontrarse en el período álgido de su locura, cantó al compás de su violin lo siguiente, que no sabemos como llamar:

«¡Oh! deidad celeste que me arrobas...

Yo te adoro

Te adoro porque me da la gana...

Y no me preguntes mas...»

Admírense todos los poetas españoles desde Gonzalez Estrada, *imitador* de Cervantes, hasta el último de nuestros vates, y díganme si las nuevas musas no se esconderían ruborizadas al oír semejante monstruosidad. Esto, sin embargo, era lo que con menos cuidado debia tener á don Prudencio, el cual se vió, cuando menos lo esperaba, sorprendido por los aldeanos y el barbero.

—Aquí está, aquí está... gritaron todos sujetando á Tomasa, cuyos gritos podían escucharse en los confines de la aldea.

—¿Qué significa esto? exclamó don Prudencio amostazado: ¿desde cuándo se atreve el elemento material á avasallar el genio? ¿desde cuándo, señores, andan de capa caída los que comprenden toda la sublimidad de *las fusas y semifusas*, de *las corcheas*, *semicorcheas* y *calderones*?

Una carcajada de burla fue la contestacion de los aldeanos, que levantando sobre sus hombros á don Prudencio, como igualmente á Tomasa, se alejaron de aquel lugar y les ofrecieron resolver el enigma luego que ambos se encontraron en la *casa de locos* inmediata.

Al entrar en esta, don Prudencio respiró como el náufrago que logra arribar al anhelado puerto, pues lo que era reclusion, juzgólo palacio de los dioses del Olimpo.

—Gracias, exclamó con tola la efusion de su alma, veo que me habeis comprendido y que vuestra admiracion os lleva hasta el punto de hacerme profesor de este nuevo conservatorio. Y lo será... y las generaciones pasadas saldrán de sus sepulcros para venir á adorar al violinista mas célebre del universo! ¡Y todas las artes, desde el *arte prima*, *primísima* ó como le llamais hasta el *arte del toreo* vendrán á rendirme homenaje!... Y...

—Basta, señor mio, dijo el alcalde aproxi-

mándosele, veo que es usted loco rematado, y que su anterior discurso bastaría, á falta de otras pruebas, para no sacarle de aquí en cien siglos que viviese.

Media hora después los aldeanos se retiraban dejando á don Prudencio encerrado en una jaula.

El violinista, al comprender su triste situación, clamó por su libertad, pero fue en vano.

Tales son muchas veces los fines á que conduce la exageración en las pasiones.

¡Bien dice el refrán, que todos los extremos son viciosos!

XVIII.

¡Cuán ajenos estaban los ingleses de lo que á don Prudencio sucedía!

Margarita se angustiaba cada vez con la enfermedad de Carlota y con la reciente pérdida de Alberto.

Pasó por fin aquel día entre lágrimas y quejas, y al siguiente el facultativo anunció la notable mejoría que durante la noche había experimentado la niña, y la necesidad en que se hallaba de respirar nuevos aires caso de que fuese completo su restablecimiento.

Los ingleses noticiaron entonces á Margarita el sentimiento que su dolor la producía y la necesidad en que se hallaban de continuar su viaje.

En medio de la melancolía que revelaba el rostro de los ingleses, no podía escaparse á la escudriñadora mirada del observador, que aquellos llevaban en su alma la triste satisfacción de haber experimentado terribles impresiones.

La *impresión* es el pasto espiritual de los ingleses.

Hay hombre que se mata por sufrir alguna, y que en sus últimos momentos solo le apesadumbra el no poder resucitar para morirle otra vez.

Impresión es en la gran Bretaña sinónimo de alegría.

Ver un tren que se despeña, un vapor que se hunde, un pueblo que se incendia, son *impresiones* que no merecen la pena de nombrarse.

Para que sea digno de mención, es necesario que el tren, el vapor ó el pueblo contengan miles de seres, cuyos alaridos crispén los cabellos y estremezcan el corazón del mas valiente.

Entonces la *impresión* que ellos sufren es parecida á la que nosotros experimentamos cuando por falta de gas estamos á pique de rompernos las narices contra una esquina.

Cuando vemos que un caballo se desboca.

Cuando ladra un acreedor, digo mal, cuando ladra un perro á nuestra espalda.

Cuando acabado de fumarnos un cigarrillo de estanco, sentimos las náuseas de la muerte.

Cuando vemos que al *Manzanares* se le hinchan las narices.

Cuando en el *Diario de las Sesiones* vemos una no interrumpida ó un proyecto terminado.

Cuando... pero basta de ejemplos, que todas las *impresiones* habidas ó por haber no equivalen á la que pudiera procurarnos el lápiz rojo del señor fiscal.

Lo cierto es que Margarita les suplicó esperasen algo mas hasta ver si Alberto parecía.

Así pasaron dos, tres, cuatro días, diez días, largos, terribles, sin esperanza.

Carlota se restableció al fin, y en vista de sus repetidas preguntas por Alberto, su madre la dijo que estaba fuera, pero que no tardaría en volver.

Y sin embargo, en todas partes el recuerdo del niño les atormentaba y les hacía prurir en lágrimas copiosas.

Llegó un día, por último en que el facultativo anunció de nuevo á Margarita la necesidad en que se hallaba de variar de clima.

Aquella se decidió á visitar la corte de España llevando consigo los tesoros de Alberto hasta que este pareciese ó se tuviese su muerte por segura.

Entonces manifestó á los ingleses su deseo de que la acompañaran, pero estos querían visitar antes de partir los establecimientos inmediatos á la aldea, y saber qué había sido del pobre don Prudencio.

En vista de tales consideraciones, partió Margarita con su hija, y ellos armados de descomunales paraguas para evitar el sol, la acompañaron gran trecho por el campo regresando después hacia la aldea.

XIX.

En todo cuento por insulso que sea, hay personajes secundarios y personajes, sin embargo, de los que el autor tiene que dar cuenta á sus lectores.

Así, pues, volvamos á la posada en donde quedaron los *jumentos* de los ingleses.

Ya sabemos que merced al cuidado de don Prudencio, se les dió el primer pienso, y el mas cómodo alojamiento que pudieran desear.

A la hora, en que después de los acontecimientos anteriores volvemos á visitarles, hallábanse arqueando el lomo los unos, aguzando las orejas los otros; y todos con tan alegre rostro y postura tan provocativa, que no había mas que pedir.

Hasta sus nombres eran *retumbantes* y ajenos al idioma de sus señores: los que de aquellos pertenecían al sexo femenino, llamábanse *Lucera* y *Rabicorta*; los que montaban los ingleses, *Hambriento*, *Codicioso*, y el de don Prudencio, *Sinfonia*.

Apenas se engulló su pienso *Sinfonia*, sonrió con malicia, aguzó las orejas en señal de beneplácito, sacudióse las moscas con el rabo, y miró á sus compañeros como diciendo:

—Magnífico.

Los demás contestaron á aquella insinuación medio rebuznando, medio sonriendo, á excepción de el *Hambriento*, que bajó el cuello hasta el suelo, mordió el filo del pesebre, y permaneció pensativo largo rato.

—¿Qué tienes? pareció decirle *Rabicorta* largándole una coz amistosa.

—Nada, contestó el *Hambriento* por medio de un resoplido.

Y se tendió en el suelo con desden.

El *Codicioso* plegó el belfo superior para sonreír irónicamente, y en su mirada adivinó el que me narró este cuento que pretendía decirle al *Hambriento*:

—Poca te ha parecido la paja, y muchos hay en el mundo que con tu ración se hubieran encontrado satisfechos. Yo en cambio no apetezco alimento corporal sino llegar á ser amo de casa grande.

—Y yo.

—Y yo.

—Y yo.

—Y yo también, dijo *Sinfonia* con un melancólico rebuzno.

—Pues bien, añadió *Codicioso*, que era indudablemente el mas listo en materia de condiciones; cuando nuestros amos vuelvan, finjámonos enfermos hasta que se marchen; y después no faltará quien nos lleve en su compañía; lo peor será no ganar, pero tampoco perderemos, porque antes que todo debemos ser amantes de la patria que nos vió nacer para la *carga* y no sucumbir á la potestad de los ingleses.

Los compañeros de *Codicioso* empezaron á dar saltos y respingos, en señal de asentimiento, y acordaron llevar á cabo la revolución.

Eran las seis menos cuarto.

XX.

Entre los establecimientos que los ingleses deseaban visitar, contábase el hospital de dementes mas inmediato; ajenos á la conspiración que les amenazaba, llegaron á aquel, y cuál no sería la sorpresa de ellos al encontrar enjaulado, ni mas ni menos que una tórtola, al filarmónico don Prudencio.

—¡Oh! mis queridos compañeros, exclamó el violinista, ¡sacadme de aquí por caridad,

pues ya no quiero ser músico, ni tan siquiera hombre! Si pudiera coger entre mis garras al célebre *Paganini*, yo os aseguro que caro me había de pagar el haber seguido su sistema.

Los ingleses, después de interesarse con el médico y capellán del establecimiento, consiguieron la libertad de don Prudencio, que prometió contarles lo ocurrido.

Tarde, muy tarde llegaron á la posada, y la primera operación de don Prudencio fue visitar la cuadra donde descansaba su pollino.

Este le saludó como tenía de costumbre, y esperó por instinto el discurso de su señor.

En efecto, éste subió con extraordinaria agilidad sobre el pesebre, se estiró, sacó el pañuelo, y dijo ahuecando la voz.

—Señores, digo muchachos, digo *portadores* de nuestros huesos: ¡yo os saludo desde lo íntimo de mi corazón! prepárate *Sinfonia*... es decir, tú que ayer te llamabas *Sinfonia*, y que desde hoy en adelante te llamarás *cualquier cosa*, prepárate á llevarme sobre tu arqueado lomo hasta la capital de España. Allí me adularás, si medro; levantarás tu cuello para fingir que eres poderoso, aunque no hayas comido en siete años; saludarás á todo el mundo, aunque á nadie conozcas; te presentarás diciendo «aquí estoy yo,» y vivirás tranquilo como un burro.

Sinfonia volvió á otro lado la cabeza, y encogiéndose de lomos como quien dice «¿y á mí qué?» despreció por no comprenderlas, como á muchos acontece, las razones de su señor.

El violinista probó en seguida á ponerle el aparejo, pero notó con extrañeza que ni por todo lo del mundo se estaba quieto su jumento.

—¿Qué es esto, miserable? exclamó don Prudencio en un acceso de cólera.

Decir esto y arremeter los cinco á coces y á bocados contra el violinista, fue obra de un momento.

Don Prudencio gritó entonces, y á las voces acudieron los mozos y arrieros de la venta conducidos por el posadero, que llevaba en sus manos una respetable *estaca*.

(Se continuará.)

FRANCISCO DE PAULA ENTRALA.

QUITO.

(CONCLUSION.)

»Al salir de Ambato para trasladarse á Cuenca, se atraviesa el puente y la aldea de Querro, el páramo de Sabanag, la aldea de Ilapo y el llano de Tapi: al abandonar este se atraviesan las minas de Riobamba. Esta aldea fue destruida el 4 de febrero de 1797 por un temblor de tierra. Los habitantes que escaparon de sus estragos han tratado de establecer un nuevo Riobamba en el llano de Tapi. Esta villa se eleva lentamente, como si amenazada por las sacudidas del Chimborazo, del Guairazo, del Tunguragua y del Altar, que la rodean por todas partes, tuviese que temer verse aun aplastada bajo las masas inflamadas que lanzan estos colosos de los Andes. Se figura uno reconocer mas bien que distinguir claramente las ruinas de la antigua Riobamba. Es de tal manera caro este suelo desolado para aquellos habitantes que han preferido ser sepultados allí con su familia mas bien que abandonar los huesos de las personas que amaban. Así, pues, las miserables cabañas que allí se ven se embellecen cuando se las considera como otros tantos altares elevados á la amistad y al amor de la patria.

»Después de haber recorrido un país donde no se perciben sino las huellas de los estragos de los temblores de tierra, se llega á Guamate, situado hacia los 4° 55' latitud Sur, donde se distinguen bien los dos ramales de la cordillera. El del Oeste es el menos elevado. Véase allí una ancha abertura que la naturaleza ha practicado para que corran las aguas, lo cual no sucede en la provincia de Las Esmeraldas mas que en Tuipulco y en el Marañon, en To-

torillos. La abertura de que se habla es el lecho profundo del río de Guayaquil.

»Se experimenta un frío vivísimo en Guamote, y sin embargo no se puede uno cansar de admirar su situación, que es muy agradable. Guamote está rodeado de montañas muy elevadas, y el terreno en que se halla edificando este caserío es una isla que bañan dos ríos, cuyas riberas son estremadamente fértiles. Guamote solo se compone de un pequeño número de barracas de cañas y una iglesia.

»Este caserío fue sin embargo el foco de la terrible rebelión que asoló estas comarcas en 1803. La palabra de aduana que el pueblo de estas montañas no comprende, y algunos nuevos derechos que quisieron establecerse, hicieron estallar este movimiento, al cual no se puede buscar otra causa, pues no se reconoce en él ninguno de los caracteres que han marcado las revoluciones en otros países. Acordándose de los esfuerzos que se habían intentado para establecer en esta parte de la provincia de Quito la administración del tabaco y del aguardiente, temieron los indios que se tratase de someterlos á ella de nuevo. Algunas palabras imprudentes bastaron para poner en sus manos las armas y el fuego. De pronto, el odio mal apagado que alimentan contra los mestizos se despierta en su corazón; se animan á la matanza, y la carnicería señala por todas partes sus pasos. En efecto, el indio, tan cobarde cuando es el más débil, se convierte en cruel é implacable cuando es el más fuerte. Si le temen, amenaza, hiere y mata, él, á quien hace huir una espada cuando no está animado por el odio ó la cólera.

»Esta vasta conspiración dirigida principalmente contra el color blanco, y que debía abrasar todas estas montañas, se puso demasiado pronto en ejecución por los habitantes de Guamote. Las demás aldeas que debían tomar parte en la rebelión no estaban dispuestas para sostenerla: todo faltó, y todo fue comprimido. Se hicieron terribles ejemplares para asustar á los indios: Guamote fue arruinado por completo.

»Continuando el camino de Cuenca se encuentra Puma Chaca, donde se principia á descender: las aldeas y el cultivo son menos raros, y como se practica en el Cabo de Buena-Esperanza, se sirven de los caballos para trillar.



Trages de Quito.

»Se llega en seguida á Alausi, villa á 2° 20' de latitud meridional, que encierra 5,500 habitantes, entre los cuales se cuentan 2,000 indios. En Alausi principian esas inmensas selvas que se extienden hasta el grande Océano. Puma Chaca, donde se detiene uno, se

halla en una elevación tan considerable como Quito. Desde allí se entra en el Asnay, cuyo páramo se compone de rocas. Las partes más elevadas tocan al término de la vegetación. Después de haber dejado á Puma Chaca á las cinco de la mañana, no se cesa de subir hasta Salanag, que es un llano donde descansa uno. Se llega en seguida al Des-Piches, donde se experimenta un frío glacial. La subida es suave, aunque muy larga, hasta Litan, donde propiamente hablando principia el páramo de Asnay, tambo de gran número de viajeros. Cuando sopla el viento de Este, arrastra tal cantidad de granizo y de nieve, que se oscurece el aire, y resfriado el viajero con el agua hasta las rodillas, siente engarrotarse sus miembros y frecuentemente pierde su uso, si tiene la dicha de escapar de la muerte. Se ve sobre el Asnay una balsa que puede tener setenta varas de largo (ciento ochenta pies), estando el agua de este estanque á 9° R. sobre cero. Mas lejos se encuentra otra de quinientas á seiscientas varas de largo y de doscientas á trescientas de ancho. Cerca de allí principia el llano del Puyal, peligroso á causa de las lagunas profundas que en él se encuentran. A la estremidad del Puyal se encuentran las ruinas de un palacio de los Incas, construido de piedra sin argamasa. Han mostrado los indios un gusto bien singular en la elección de los lugares donde han construido esta casa de placer, puesto que durante ocho meses del año llueve allí y graniza.

»Después de haber pasado el alto de la Virgen se entra en Delek, caserío poblado de indios, donde el país adquiere un aspecto más risueño, los caminos son mejores, aumenta la población, y todo anuncia la proximidad de una ciudad considerable. Y no se equivoca uno; poco tiempo después se halla en Cuenca, situada en un llano de extensión considerable, cuya elevación sobre el nivel del mar es de mil doscientas setenta y nueve toesas.

»La temperatura de Cuenca es muy agradable, pues raras veces desciende durante el día de 12° y no sube nunca más de 15°, siendo las



LA SOMBRA DEL DIABLO.—Pasó aquel día entre lágrimas y quejas...

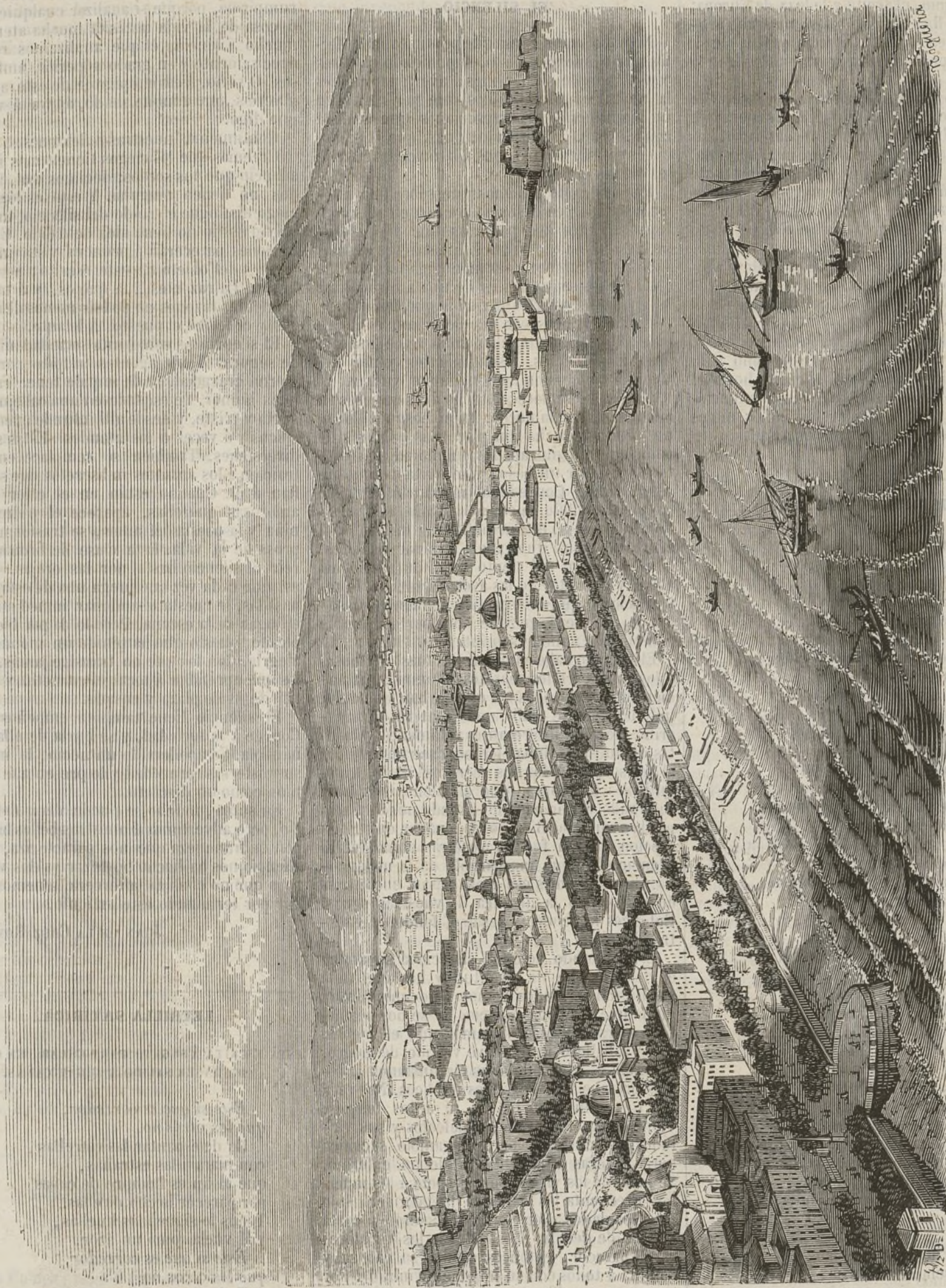
noches muy frescas, porque el termómetro no marca muchas veces mas de 6°.

»Alguna vez se ve el cielo nebuloso; pero llueve con menos frecuencia que en Quito, y las tormentas duran poco tiempo en los meses

de octubre y de marzo. Frecuentes las lluvias durante los equinoccios, son raras en los solsticios, pues entonces se evaporan las nubes, se vuelve el cielo azul: entonces es la estacion de los días hermosos, con esta diferencia sin

embargo, que en el solsticio de estío hay tres ó cuatro meses magníficos, mientras que en el de invierno se cuentan de quince á treinta días de lluvias.

»El país en que está edificada Cuenca es



PANORAMA UNIVERSAL. — Vista de Nápoles.

llano, arenoso y árido. Las calles, tiradas á cordel, tienen cada una ciento veinte y cinco varas de largo (trescientos veinte y tres pies) y doce de ancho (treinta y un pies), estando empedradas la mayor parte.

»Cuenca es la única ciudad que goza de la ventaja de tener agua en todos los barrios. Todas las casas están construidas de ladrillo sin cocer, y carecen de gusto, son bajas, sucias

y sin adorno. La suciedad es un rasgo característico de la provincia de Quito.

»Las iglesias son miserables y mal decoradas, y si se exceptúa la casa de los jesuitas, la ciudad carece de edificios. El cabildo de la catedral se compone de un dean, de un arcediano, de un penitenciario, de un doctoral y de dos diáconos. El gobernador tiene 2,500 duros de dotacion. La poblacion es de 19,000 almas,

comprendiendo en ellas 3,000 indios. Hay conventos de dominicos, de franciscanos, de agustinos, de hospitalarios, de belenitas y de carmelitas. Se encuentran tambien dos parroquias: San Blas y San Sebastian. Los conventos dependen de los de Quito. Se trabaja la concha con bastante gusto; pero el arte de amoldar en cera y la escultura decaen cada día.

»La sociedad de Cuenca se compone de tres

clases: la nobleza, que pasa su vida en la ociosidad: la clase media, que se dedica al comercio; y el pueblo, que se ocupa en los mas rudos trabajos, porque los curas y los jefes lo abruman (hablo de los indios) bajo las cargas mas penosas.

»Cuenca recibe de Piura el algodón y el jabon, de Guayaquil el cacao; el arroz, la sal, el pescado, el vino, el aceite y la loza de Europa; de Quito, en fin, algunas telas groseras, proporcionando en cambio á Loja y Guayaquil granos y los productos de las montañas que la rodean.

»El valle del Pante depende de Cuenca, y se halla á siete leguas al Nordeste de esta ciudad. Se han descubierto allí minas de mercurio. Las inmediatas montañas producen mucha quina, recogiendo la que en el país se llama *pata de gallinaza* á una elevacion mayor de cuatrocientas tres varas que la ciudad de Quito.

»San Cristóbal, situado sobre el Supay, Vecú y Qualaceo, son de la jurisdiccion de Pante. Se recogen en los alrededores cochinilla y azúcar, y se esplotan allí igualmente minas de oro. Guagal-Suma es una colina famosa en el país, porque se supone que los indios continúan sacrificando allí niños á los manes de sus incas, no habiendo conseguido el cristianismo y la vigilancia de los españoles abolir esta horrible costumbre. Sin historiadores, sin monumentos, no han podido olvidar los indios ni sus antiguos señores, ni sus desgracias pasadas.»

UN SUSPIRO POR CASTILLA.

Castilla me vió nacer,
Castilla meció mi cuna,
Castilla arrulló mi llanto,
Castilla fue mi ventura
cuando niño jugueteaba
ora al sol, ora á la luna:
cuando á la sombra del chopo,
ó en la pradera desnuda
dulces las horas pasaban
gozando de la frescura
del ambiente embalsamado
con florecillas incultas.
Allí amé por vez primera
como tal vez no ame nunca,
porque no se ama en el mundo
cual la primera ninguna.
Allí gozé los encantos,
allí libé la ternura
de una mujer que dí el alma
y ella á mí me dió la suya.
Amé, sí, con tal aliento,
que atribulada y confusa
mi vida corrió en pos de ella
como al iman leve aguja.
Miré en ella mi destino,
busqué en su ser mi ventura
como el náufrago en la noche
la polar estrella busca.
No me seduce el murmullo
de las aguas, ni la turba
de gigantescos bajeles
que á lo lejos se vislumbra.
No me enamora el celaje
que con roja tinta nubla,
ni las nevadas gaviotas,
ni del mar la blanca espuma.

No los bulliciosos ecos
de la velada nocturna,
ni el armonioso sonido
que en mi derredor se escucha.
Ni los sentidos cantares
que al compás de la bandurria
se desprenden de algun alma
que amor sienta y celos sufra.
Que yo quiero mi Castilla
tal cual es, pobre y vetusta,
degenerada su raza
del talento y la brabura,
donde ya no nacen Cides,
ni como entonces se lucha;

mas allí están mis amores,
allí se meció mi cuna,
allí se arrulló mi llanto
y allí lució mi ventura.

MANUEL BENITO RUIZ.

EL SILENCIO.

No conocemos causa que produzca mas efectos que el silencio. Esto, suponiendo que sea causa, porque si fuéramos á averiguar cuál es la verdadera, tendríamos que perdernos en un sinnúmero de abstracciones que á nada conducirían. Admitiendo, pues, que el silencio es causa, procedamos á la investigacion de los efectos que produce.

Por de pronto tenemos que sobre una misma cosa aparece casi siempre con efectos contrarios. Entre dos personas que verdaderamente se aman, el silencio es el lenguaje mas sublime del amor: es la mano misteriosa que conduce los sentimientos de una á otra alma: es, en fin, el espíritu invisible que las une.

Entre dos personas que se aman, como se ama ordinariamente, el silencio viene á significar quejas, celos, resentimientos, y por último, la conclusion de aquel amor vulgar.

El silencio se parece mucho á las mujeres en lo curioso. Por la noche, en el bosquecillo de un jardín, escucha con placer las palabras de amor que murmuran dos enamorados; se estremece al oír un beso, y se irrita cuando un perro ladra. Concede al mochuelo su triste canto, al cuclillo su eterno gemido, el graznido á la corneja, el murmullo á la fuente, y al céfiro el suspiro que exhala al besar las flores. Y el susurrar del viento y el murmurio del agua, y el cantar de las aves nocturnas, lo tolera solo porque interpretan fielmente su solemne grandeza, porque son partes que le constituyen, que le son íntegras.

El silencio sabe tambien los mas hermosos y los mas terribles secretos del mundo. Si pudiera decirnos todos los que le han confiado, indudablemente tendríamos materia para escribir cien mil interesantes volúmenes. ¡Cuántas de nuestras lindas lectoras se ruborizarían al ver sorprendidos sus secretos! Pero tranquilizaos hermosas, que el silencio es muy reservado, y por nada del mundo nos dirá una palabra vuestra. Bien podeis confiar en su discrecion. ¡Ojalá fuérais vosotras como él! El silencio es amigo inseparable de la melancolía. Cuando sentís ese grato pesar, encontrais en el silencio la dulzura de vuestras penas. Entonces lo bendecís desde el fondo de vuestra alma.

El enamorado ve en el silencio á su amor; el viejo sus dias de juventud y hasta el niño sus ilusiones. Todos vemos algo en esa vida muda que se llama silencio. Si se nos permitiera personalizarle, diríamos que el silencio es un caballero muy grave vestido de negro. Su traje es adecuado á las circunstancias. Jamás presencia los regocijos públicos. No vá á los toros, ni á los bailes, ni á los teatros. Tiene como el hombre sus defectos y sus virtudes. Es curioso; pero en cambio sacrifica horas enteras á la cabecera de un enfermo. Se mofa de los vivos, pero respeta á los muertos. Frecuenta las casas de juego; pero solo en casos dados. Por ejemplo: cuando la carta que ha de decidir la suerte de los jugadores va á aparecer, entonces asoma su cabeza y domina á todos con su imponente mirada. Por lo regular preside el instante solemne en que el alma se escapa de la vida, y tiene el cruel placer de visitar la cárcel en el momento que se le va á leer á un reo su sentencia de muerte. Protege muchas veces los planes del criminal, y otras se opone á ellos. En algunos casos se constituye en cómplice, en otros en un buen agente de policía. El ladrón teme mas al silencio que al escándalo. Cuando está cometiendo un robo se halla bajo la impresion del miedo, y con solo el movimiento del pájaro que está en la jaula, es bastante para que no

pueda realizar su obra. El silencio ha sido entonces el agente de policía. Pero se me dirá: no, que el agente fue el pájaro. Dispensadme, bellas lectoras, si no hubiera habido silencio, el ruido del pájaro que se movió en la jaula no hubiera llegado á los oídos del ladrón. Ya veis que el silencio fue el agente de policía. Prosigamos, y tened la bondad de no interrumpirme, porque si analizar cualquier punto ó cosa de la vida necesita mucha atencion y mucho silencio, el que analizamos requiere precisamente y en grado superior, ambas cosas. O si no, leed el epígrafe de este artículo, y vereis, que aunque mudo, apoya á veces lo que digo.

Continuemos nuestras reflexiones.

Creemos que los ciegos tienen mas idea del silencio que los sordos; decimos mal, los sordos no tienen ninguna. Y esto es lógico: el ciego distingue el ruido del silencio, mientras que el sordo no tiene idea del ruido. Estas reflexiones parecerán á primera vista independientes del objeto de este escrito; pero... no lo son. La razon es... la que es, y á tan contundentes razones no podeis menos de inclinaros y cederme el puesto. Adelante.

El silencio es como una sociedad universal de seguros. Tiene agentes en todas partes. Su eterna gravedad, no le impide tener ratos de buen humor. Se esconde en una callejuela desierta y triste, y desde allí infunde miedo á los chicos y á veces á los grandes. Estas son sus diversiones. Tambien se complace en hacer traicion á los amantes indiscretos que se confían á él. Cuando están en el calor de sus amorosas querellas, aparece el padre de la niña y la poesía del amor, se transforma en la prosa de la vida. Esta clase de bromas hace reír al silencio hasta por las orejas. Verdad es, que cada vez que juega una de estas malas pasadas, le cuesta abandonar inmediatamente el lugar de la escena. Pero lo da por bien empleado, puesto que ha tenido un momento de alegría. Con los que no transige jamás, es con los que aprenden á tocar el cornetín y con los titiriteros de plaza y posada.

El silencio tiene tambien empeños raros. Conoce á la sociedad, y se burla de ella engañándola. Se apodera de un necio, le imprime su misteriosa gravedad y lo presenta á la reunion como un discreto.

En suma, mucho se puede decir del silencio, pero advertimos á nuestras bellas lectoras, con la franqueza que nos caracteriza, que el silencio nos ha hecho bostezar ya dos veces, y para que no consiga la tercera, tenemos á bien dar por terminado este artículo.

JUAN DE LA CRUZ ROVIRA.

LETRILLA SATÍRICA.

ESTÁ ESCRITA Á SUGETO PARTICULAR, EN OCASION DE HABER SALIDO Á JUGAR CAÑAS.

*Este si que es corredor,
que los otros no.*

Ha de espantar las estrellas
con maravillas estrañas,
que al fin es hombre de cañas
por parecer hecho de ellas.
Todos le siguen las huellas,
y él vuela como un azor.

*Este si que es corredor,
que los otros no.*

Todos los otros socorre:
á todos los deja atrás,
porque él corre con compás,
porque con sus piernas corre.
Ninguno hay con quien se al o re;
ni perdona á su señor.

*Este si que es corredor,
que los otros no;*

Miradle qué bien que bate:
notad que hace maravillas,
pues pica con las rodillas
mas que con el acicate.

Ninguno hay que se rescate de su contrario mejor.

Este si que es corredor, que los otros no.

El caballo pone grima, pues parece, si se enfoca, mas que corre con la mosca, que con caballero encima. Miradle qué bien que arrima los zancajos el doctor.

Este si que es corredor, que los otros no.

¿Cómo diablos puede ser hombre de letras fundado? pues nunca el que es buen letrado tiene tan mal parecer. Asi se viene á correr el pobre legislador.

Este si que es corredor, que los otros no.

De trapos, como muñeca, vá con adarga á burlarse, pudiendo todo adargarse con un parche de jaqueca. Babiéca sobre babiéca son caballo y picador.

Este si que es corredor, que los otros no.

No hay cosa que no acometa, con parecer el cuitado un espárrago barbado, y una lesua á la gineta. Mirad qué bien que se aprieta á la silla el pecador.

Este si que es corredor, que los otros no.

¿Quién hay que con él apueste á quien tiene mas donaire? pues si otros corren con aire, el aire corre con este: cual era para una hueste en defensa del Señor.

Este si que es corredor, que los otros no.

Mas yo por mi cuenta hallo, segun su cuerpo denota, que era mejor para sota, que para rey, ni caballo. supiera correr un gallo. mas cañas no es de su humor.

Este si que es corredor, que los otros no.

Parece, si no me engaña la vista con algun velo, mas sanguijuela en anzuelo, que pescador con la caña. Sospecho que ha si lo araña, y se ha vuelto en arador.

Este si que es corredor, que los otros no.

Honrar tiene las dos villas: Todo el mundo se prevenga, pues cuando cañas no tenga, no le han de faltar canillas. Es hombre de entrambas sillas, y de entrambas es peor.

Este si que es corredor, que los otros no.

QUEVEDO.

LEYENDAS BÍBLICAS.

BALTASAR.

I.

En la Caldea, region del Asia situada entre el Eufrates y Tigris, existia la ciudad de Babilonia, una de las mas famosas del mundo, edificada por Nemrod, ensanchada por Belo y enriquecida por Semíramis.

Sus fértiles alrededores estaban poblados de campos de trigo, y los bosques de palmas y tamarindos se esparcian por todos lados, mecendo sus erguidas cabezas siempre verdes y lozanas.

Las mas ricas plantas de los trópicos embalsamaban las llanuras, cubiertas de numerosos rebaños de yeguas, camellos y ovejas.

Los palacios de Babilonia eran templos de hermosura.

Sus jardines, en forma de anfiteatro, colgados sobre artísticas bóvedas, escudían en magnificencia á cuanto puede soñar la imaginación.

El lujo mas refinado reinaba en esta morada del placer y la impiedad, y Babilonia, creyéndose invencible, tenia desde largo tiempo á los israelitas en la esclavitud.

Pero Dios, irritado con tantas maldades, anunció por medio de los profetas que Babilonia recibiría el castigo de sus faltas.

El santo Isaías habia dicho.

—*Babilonia, aquella gloriosa entre los reinos, la soberbia de los caldeos, será destruida como destruyó el Señor á Sodoma y á Gomorra.*

No será nunca mas habitada, ni reedificada de generacion en generacion, ni pondrá allí tiendas el de Arabia, ni harán en ella majada los pastores.

Sino que reposarán allí fieras, y las casas de ellos se llenarán de dragones: y la abubilla fabricará allí su nido, y el avestruz saltará sobre los templos del deleite.

La prediccion del profeta iba á cumplirse bajo el reinado de Baltasar.

II.

¡Dios es grande!

Su sabiduría es inmensa.

El ensalza al pequeño, y h milla al poderoso.

Sigue los pasos del justo, y penetra las miradas del impío.

Galardona la virtud y castiga el orgullo.

.....

Babilonia reposaba.

Espléndido festin habia en el palacio real.

Hermosas esclavas vestidas de finísimas telas, adornadas con brazaletes y collares de oro y ceñido el cabello de diademas y guirnaldas, pulsaban sonoras arpas, mezclando á sus melódicas voces los suaves acentos de amorosos cantares.

Baltasar, rodeado de su corte, celebraba el triunfo de sus falsos ídolos sobre el Dios de Israel, y olvidando el peligro que lo amenazaba, pues los medos y los persas habian puesto sitio á la ciudad, entregábase á los placeres del festin.

Embriagado y delirante, hace traer á su mesa los vasos de oro y plata que habian servido en el templo de Jerusalem para el culto del verdadero Dios.

Los cortesanos beben.

El rey toma una copa sagrada, y al acercarla á sus labios, lanza un grito espantoso.

Su mano se abre...

La copa rueda en la mesa.

Baltasar queda inmóvil, con los ojos fijos en la pared, el cabello erizado y la boca entreabierta.

De repente los convidados se levantan, quieren huir, pero una fuerza irresistible los detiene.

Todas las miradas se dirigen á un mismo punto.

Todos los labios enmudecen; todos los corazones tiemblan.

¿Qué sucede?

Una mano desconocida ha aparecido sobre el muro de la sala, dejando impresas estas incomprensibles palabras.

—*Mane, Thecel, Phares.*

¿Qué significan?

¿Qué secreto poder encierran que así horro- rizan y conmueven?

Baltasar manda venir á sus adivinos, los mas sabios de la Caldea, y les dice:

—Púrpura vestirá, y collar de oro ceñirá á su cuello, y será el tercero detrás de mí, quien acertare esta escritura.

Pero en vano se esfuerza en interpretar las simbólicas palabras.

La confusion reina en todos los cortesanos.

Los adivinos se miran llenos de asombro.

Apenas aciertan á pronunciar frases incoherentes y vagas.

Baltasar se impacienta.

Crece la turbacion, y el rey, cada vez mas aturdido, pálido, tembloroso, ve ante sí los signos misteriosos girando entre fantásticas formas y colores, que huyen y se desvanecen.

Su frente arde, y hace inútiles esfuerzos por alejar de su pensamiento aquella horrible vision que turba su alma.

—*Mane, Thecel, Phares*, repite en voz baja. ¿Qué anatema, qué prediccion contienen esos signos que vienen á helar la risa del festin? ¿Qué mano atrevida ha grabado sus caracteres?

Y dirigiéndose á los sabios, esclama:

—¡Pronto! ¡Pronto! Descifrad el enigma que nos rodea.

Nadie responde...

Nitocris, madre de Baltasar, dice á su hijo: —¿Por qué no haces venir á Daniel, el profeta de los israelitas? Conocido de todos es su talento en la interpretacion de sueños.

—¡Llamadle! grita el rey, y poco despues aparece el profeta.

Su presencia cautiva todos los corazones, y atrae á sí todas las miradas.

Humilde y noble á la par, su rostro destella como un resplandor celeste.

El rey se le acerca, le pregunta, y aguarda anhelante una explicacion, que al mismo tiempo teme y desea.

—¡Vé que llegó la hora! habla Daniel.

El grande oprimió al pequeño, y se regocijó en su llanto.

Nabucodonosor, tu padre, reinó sobre infinitos pueblos.

Dios le habia dado riqueza y gloria.

Su nombre era respetado por muchedumbre de vasallos.

Mas su corazon llenóse de soberbia, y desconoció la mano divina que le regalaba los bienes de la tierra.

Y Dios, en castigo, le desterró de entre los hombres.

Y fue confundido con las bestias del campo.

Y habitó con ellas, hasta que reconoció el supremo poder del que reina sobre todas las criaturas.

Tú, Baltasar, cierras los ojos al ejemplo de tu padre, y te humillas ante los ídolos de tus impías creencias.

Dios ha visto tus maldades.

Has profanado su nombre, y hé aquí que su mano invisible te señala en esa escritura tu destino.

Mane.—Dios ha contado los días de tu reino, y le ha puesto fin.

Thecel.—Has sido pesado en la balanza, y encontrado falto.

Phares.—Tu reino ha sido dividido, y dado á los medos y á los persas.

Calló el profeta; los cortesanos se miraron, y la sala quedó en silencio.

III.

En las tinieblas de la noche cubren los caudillos las montañas y las llanuras.

Tremolan sus banderas, y levantan voces de combate.

Han venido desde los confines de la tierra.

Son fuertes como los cedros del Líbano.

Sus pasos como de viento impetuoso.

El Señor los ha llamado, porque sonó la hora de la venganza.

Débiles cervatillos son sus contrarios.

Han pecado contra su Dios, y la soberbia será confundida.

Y postrada su arrogancia hasta el polvo de la tierra.

Las luces de su campamento brillan en la oscuridad, como ojos de fuego que miran su presa.

Acechan los muros y las entradas de la ciudad.

¿Quién la defiende?

Duerme su rey. Duermen sus cortesanos.

Mas ¡ay! los enemigos penetran en la ciu-



BALTASAR.—Y fue confundido con las bestias del campo.

dad derramando la consternación y la muerte. Resuélvense los habitantes en confuso tropel, y perecen heridos, como la corza por el cazador.

Los niños son estrellados, y las mujeres forzadas, y los hombres acuchillados, y saqueadas las casas.

Caen las puertas del palacio, y el rey y sus servidores, al despertar inquietos, cierran para siempre los ojos.

Y Baltasar es degollado, y confundido su cuerpo con los de sus vasallos.

Babilonia es la imagen del mundo corrompido.

Su ruina da á conocer el terrible juicio que ejercerá el Señor sobre los pueblos, que elevados á un alto grado de poder y de grandeza, se sumergen en los vicios y en la impiedad.

AUGUSTO JEREZ PERCHET.

CANCION HORRIBLE.

Con ojos de furia, con lengua candente
con garras de puntas de horrible puñal,
con marcha rastrera de sucia serpiente,
con hambre de carne, de huesos, de gente,
en guerra va un monstruo que vive del mal.

Do quiera que lucen de vida reflejos
dirige sus ojos y escupe su hiel;
y abrasa de cerca, si hiela de lejos;
y hiere los mozos, los niños, los viejos,
en todos, saciando su instinto cruel.

El aire envenena con solo que escupa:
su hiel es ponzoña, su aliento es hedor;
y chupa hasta el llanto, despues que lo chupa,
cadáveres secos á miles agrupa,
y en ellos revuelca su cuerpo de horror.

Los mira, los palpa, los huele, los cuenta,
lamiendo el que resta podrido sain;
y dice á su modo con voz truculenta:
«¡Son pocos! ó muchos; mas no está contenta
mi gana, que es hambre de horrores sin fin.»

Y vuelve á su guerra, pues nunca está inerte
el monstruo manchado de azufre y betun;
y siempre mas rudo, mas fiero, mas fuerte,
se ceba y arrastra despojos de muerte,
cual barre en su empuje la arena el Simun.

Se acerca á nosotros! El monstruo se arrima,
desiertos dejando los pueblos en pos!
¡Huyamos á un monte! ¡Mejor á una sima!
Que viene! ¡Quellega! ¡Pardiez! ¡Ya está encima!
¡El cólera! ¡El cólera! ¡Ampáranos Dios!

CECILIO NAVARRO.

SUETOS VARIOS.

Damos hoy á nuestros lectores una letrilla de Quevedo, siguiendo la antigua costumbre establecida en este periódico de hacer populares los escritos de los antiguos autores españoles. Publicaremos mas adelante algunas poesías clásicas, complaciendo así á muchos suscritores que nos lo han rogado en varias ocasiones.

El día 24 del actual celebrará la Real Academia de la Historia su junta pública anual, á tenor de lo prevenido en los estatutos. Pronunciará un discurso el señor don José Moreno Nieto, y le contestará don Emilio de la Fuente Alcántara.

El martes concluyó el plazo de tres meses señalado á los diez aspirantes á las dos pensiones en el extranjero para el estudio de la pintura de Historia, para la ejecución del cuadro que constituye el último ejercicio. El asunto del mismo es: *El Señor resucitando á la Hija de Jairo*, sacado de la Biblia.

Dichos cuadros y los demás ejercicios están espuestos al público en las salas de la Academia de San Fernando segun es costumbre en tales casos.

Los ejercicios á la pension de grabado en dulce concluyeron hace días, habiendo pro-

puesto la academia para dicha pension á don José Roselló; y atendiendo al mérito de los ejercicios del otro opositor, don Ricardo Franch y Mira, acordó proponerle al gobierno para una pension extraordinaria, por la circunstancia indicada, y á no haber en la actualidad pensionando alguno por el grabado.

LETRILLA.

Escúchame, Rosa:
Sé mas cortesana;
Que nada se gana
Con ser desdeñosa.

¿Por qué esos tus ojos
Que amor solo inspiran,
Si á mí solo miran
Despiden enojos?
Por qué, dime, hermosa;
Dí, Rosa... lozana;
Que nada se gana
Con ser desdeñosa.

¿Por qué esos tus labios
Que solo amor beben,
Si por mí se mueven
Producen agravios?
Contesta amorosa,
Contéstame ufana;
Que nada se gana
Con ser desdeñosa.

Si amor de tí imploro,
¿Por qué el ceño altivo
Me muestras y esquivo?
¿No ves que te adoro?
Sé, niña preciosa,
Connigo mas llana;
Que nada se gana
Con ser desdeñosa.

JOAQUIN VALVERDE Y DURAN.

Por todo lo no firmado J. GASPAR.
Editor responsable, Fernando Gaspar.

ADVERTENCIA. Las suscripciones se hacen solo por un año ó por seis meses.—Las de año concluirán el último de febrero y las de seis meses á fin de agosto próximo.—Las reclamaciones por pérdida de un número, se atenderán solo durante los primeros 15 dias despues de su publicacion.

PUNTOS DE SUSCRICION. MADRID: Librería de Gaspar y Roig, Principe, 4; de Matute, Carretas, 6; de Leocadio Lopez, Cármen, 29; de Cuesta, Carretas, 9; de San Martín, Victoria, 9; de Sanchez Rubio, Carretas, 31; Duran, Carrera de San Gerónimo; Dochao, calle de Jacometrezo, 65, y en la Publicidad, pasaje de Matheu.
En Provincias, Extranjero y Américas en casa de los correspondientes de los editores Gaspar y Roig, donde se suscribe á la BIBLIOTECA ILUSTRADA, y mandando libranzas ó sellos de correos.

MADRID: Imp. de Gaspar y Roig.